

Licencia Creative Commons (CC BY-NC 4.0)

Artículos Científicos

DOI: <http://En asignación>

## Redes que nos sostienen: Comunidades de cuidados entre mujeres

### *Networks that Sustain Us: Women's Communities of Care*

Estela Casados-González <sup>a</sup> | Mónica Nereida Huerta-Torres <sup>b</sup>

Recibido: 5 de agosto de 2024

Aceptado: 19 de agosto de 2024

---

<sup>a</sup> Observatorio de Violencias Contra las Mujeres (OUVMujeres), Universidad Veracruzana. Xalapa, México.  
Contacto: [ecasados@uv.mx](mailto:ecasados@uv.mx) | ORCID: [0000-0003-0210-7410](https://orcid.org/0000-0003-0210-7410) \*Autora para correspondencia.

<sup>b</sup> Universidad Veracruzana, Xalapa, México. Contacto: [monica.nereida.huerta@gmail.com](mailto:monica.nereida.huerta@gmail.com) | ORCID: [0009-0008-6917-4275](https://orcid.org/0009-0008-6917-4275)

---

#### Cómo citar:

Casados-González, E. y Huerta-Torres, M. N. (2024). Redes que nos sostienen: Comunidades de cuidados entre mujeres. *UVserva*, (18), 180-200. <http://en.asignación.mx>

**Resumen:** Las comunidades de cuidados constituyen alternativas que posibilitan la vida y sobrevivencia de las mujeres que las conforman, así como de sus círculos afectivos. Las especificidades marcadas por su clase social, ingreso económico y lugar de pertenencia, entre otras, reproducen una importante heterogeneidad en sus dinámicas de funcionamiento y alcances. Este artículo analiza a dos comunidades específicas que nos dan elementos para comprender los diferentes motivos que impulsan su creación, las alternativas de vida que brindan, así como sus posibilidades, limitaciones ante la precariedad y las violencias cotidianas.

**Palabras clave:** Cuidados; mujeres; comunidades de cuidado; violencias.

**Abstract:** *Care communities constitute alternatives that make life and survival possible for the women who make them up, and for their affective groups. The specificities marked by their social class, economic income and place of belonging, among others, reproduce an important heterogeneity in their dynamics of operation and scope. This article analyzes two specific communities that provide us with elements to understand the different motives that drive their creation, the life alternatives they offer, their possibilities and limitations in the face of precariousness and daily violence.*

**Keywords:** *Care; Women; Care Communities; Violence.*

## Introducción

El propósito de este artículo es reflexionar sobre el impacto de las comunidades de cuidados constituidas por y para mujeres. Es a partir de la aproximación analítica a dos casos concretos que indagamos por el impacto que tienen, en lo general y en lo particular, las redes de mujeres que cuidan de sí y entre sí en cotidianidades marcadas por su posición socioeconómica, así como su contexto, político, social y geográfico.

Las preguntas que guían este texto están asociadas a la (in)visibilidad de los cuidados que permiten vivir, sobrevivir, preservar la vida propia y la del entorno afectivo, comunitario, laboral. ¿Qué sucede cuando las cuidadoras no cuentan con los insumos económicos, materiales y emocionales para cuidar de otras personas que conforman su entorno afectivo? ¿Cuál es el papel de las comunidades de cuidado ante la precariedad y las violencias cotidianas? ¿Cómo se construyen y qué alternativas de vida ofrecen las comunidades de cuidados integradas por mujeres?

Para ensayar posibles respuestas a estas preguntas, las siguientes páginas presentan una exploración de orden teórico y metodológico que privilegia el conocimiento elaborado desde las teorías y metodologías feministas en torno a los cuidados y las violencias; lo anterior en el ánimo de conocer la potencia de una tarea tradicionalmente depositada en las mujeres que detona otras posibilidades en contextos de precariedad y violencias.

De igual manera, se profundizará en la experiencia de dos ámbitos de cuidados: uno de corte suburbano, con mujeres del municipio de Huatusco, en el estado de

Veracruz. De distinta formación y experiencia de vida, que han conformado un grupo de diálogo, intercambio y reflexión que les permite sostenerse emocionalmente entre sí para afrontar el día a día después de una pandemia como la del COVID-19.

Otra experiencia a explorar es la de un grupo de académicas feministas universitarias, quienes realizan su quehacer de docencia e investigación en la ciudad de Xalapa y algunas poblaciones semiurbanas y rurales próximas a la capital de la entidad. Es a partir de su labor guiada por la implementación académica y política que han tenido que hacer frente a violencias que acompañan su quehacer laboral.

## 1. ¿Qué entendemos por cuidados?

Desde la teoría y el movimiento feminista, en el ámbito global, existe un interesante debate, sobre el trabajo de cuidados y las comunidades de cuidados, que es fundamental reconocer y analizar. Para efecto de este texto, nos detendremos en la rica discusión que se ha planteado al respecto, principalmente en América Latina, pues su heterogeneidad discursiva y analítica proporciona elementos fundamentales que nutren las reflexiones vertidas en las siguientes páginas.

Esta revisión permitirá establecer desde dónde partimos para entender los cuidados y las comunidades que se constituyen para impulsarlos efectiva y afectivamente en los ámbitos donde se ubican los casos específicos que guían este artículo.

Rodríguez define a los cuidados como todas las actividades, procesos y relaciones que son necesarias para que las personas sobrevivan y puedan gestionar diariamente su bienestar físico y emocional. Además, divide estos en: autocuidado, cuidado directo hacia otras personas y el trabajo doméstico que ella nombra precondiciones para el cuidado, como lo son, por ejemplo: limpieza de la casa y la ropa, preparación de alimentos, compras y demás trabajos domésticos (Rodríguez, 2015).

Los cuidados no solo reproducen la materialidad humana, permitiendo que a través de la alimentación, descanso y apoyo durante una enfermedad o diversidad funcional de los cuerpos estos puedan seguir subsistiendo. Sino que los cuidados también aseguran que se lleve a cabo la reproducción social a través de la transmisión de valores, identidades, roles y el desarrollo de capacidades y de reglas sociales (Campillo, 2000).

Tiempo atrás la antropóloga feminista estadounidense Gayle Rubin explicó en su famoso ensayo “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, que el capital con apoyo del patriarcado volvió al cuidado una cualidad femenina — principalmente de las hembras humanas— (Rubin, 1986). Al poner al cuidado como atributo biológico se invisibiliza que las mujeres no nacen sabiendo cómo cuidar, sino que aprenden a lo largo de su vida. El que no se tome en cuenta que el cuidado exige tiempo y energía para realizarse y que el bien y servicio que produce es la vida física y social, lleva a que no se considere al cuidado como un trabajo (Carrasco, 2006).

En un sistema económico capitalista lo que importa es la plusvalía y para poder obtenerla, la familia ha sido de gran ayuda. Federici (2013) explica que entre 1830 y

1840 el capital se encontró con la urgencia de tener una mano de obra más estable. Para lo que la familia nuclear empezó a funcionar como la base de la reproducción de la fuerza de trabajo (Federici, 2013). En esta estructura las principales responsables de reproducir la fuerza de trabajo son las mujeres a través de sus cuidados. Cuando un obrero llega a casa tras trabajar, necesita reponer su fuerza de trabajo mediante el descanso físico, emocional y mental. Para poder disfrutar de esto hay que hacer trabajo previo, como preparar los alimentos, limpiar la ropa, la casa, entre otras tareas y las mujeres son las responsables de hacer esto (Rubin, 1986), a lo que también se le puede entender como familiarización del cuidado (Fernández y Argüero, 2018).

En esta estructura el cuidado recae sobre las mujeres, permitiendo que el capitalista obtenga plusvalía al no responsabilizarse por pagarlo (Rubin, 1986) y el Estado contribuye a esto evitando establecer políticas públicas que descarguen el trabajo de las mujeres (Fernández y Argüero, 2018). El que las principales responsables de realizar el trabajo de cuidados sean las mujeres trae largas jornadas para ellas. Datos de la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo (ENUT) 2019 muestran que las mujeres utilizan 66.6% de su Tiempo Total de Trabajo (TTT) al trabajo no remunerado en sus hogares, mientras que los hombres dedican 27.9% de su TTT a este mismo trabajo. Esto limita el tiempo de las mujeres para poder participar en el mercado de trabajo, la ENUT 2019 refleja que mientras los hombres destinan 68.9% de su TTT al trabajo remunerado, las mujeres solo destinan 30.9% de su TTT a este mismo trabajo (INEGI, 2020). Sobre esto, vale la pena precisar que en México las ENUT comenzaron en 1996 como parte de un módulo de la Encuesta Nacional de Ingresos y gastos de los Hogares (ENIGH) y es hasta 2002 cuando se empieza a emplear un cuestionario tipo preguntas estilizadas. El instrumento de captación de la ENUT como se aplica actualmente consta de una selección de actividades apoyadas en la Clasificación Mexicana de Actividades de Uso del Tiempo (CMAUT) del Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], el cual se construye a partir del clasificador internacional para encuestas sobre uso del tiempo: ICATUS (INEGI, 2024). El levantamiento de la ENUT se realiza cada cuatro años, siendo en el 2022 cuando se reportó que los trabajos de cuidados no remunerados aportan 24.3% del Producto Interno Bruto (PIB) del país (INEGI, 2023b), y en este mismo año la ENUT es declarada Información de Interés Nacional, siendo en el 2023 cuando se realiza la primera consulta pública (INEGI, 2023a).

Esta diferencia entre el uso del tiempo, el trabajo remunerado y el género lleva a que las mujeres sean más pobres de tiempo y de dinero, ya que el acceso al mercado de trabajo es limitado por su trabajo no remunerado. Porque, además, cuando las mujeres participan en el mercado de trabajo, lo hacen en su mayoría de manera informal y/o solo de medio tiempo. Datos del INEGI del 2019 muestran que la tasa de participación económica de las mujeres durante el segundo trimestre de ese año en el estado de Veracruz fue de 36.7% y la de los hombres fue de 74.6%. Además, a nivel nacional el 6.6% de las mujeres son trabajadoras no remuneradas, mientras que este porcentaje para los hombres disminuye a 3.1%; en cuanto a los ingresos: 59.1% de las mujeres recibe hasta dos salarios mínimos y 47.1% de los hombres recibe salarios en este rango. Pero esta diferencia aumenta cuando se trata de tener un ingreso de 2 a 5 salarios mínimos: 19.5% de las mujeres se beneficia de un ingreso así, mientras que el 30.4% de los hombres también lo hace. La brecha salarial entre mujeres y hombres que beneficia a estos últimos crece en proporción al aumento del salario (INEGI, 2019).

Además, el trabajo de cuidados tiene un componente emocional, en el que el vínculo entre la persona cuidadora y la cuidada produce que la cuidadora realice esfuerzos emocionales, físicos y mentales para procurar el bienestar de la persona cuidada (Batthyány, 2007). El patriarcado y el capital se aprovechan de esto y enseñan a las mujeres a hacer este trabajo por amor, lo que no permite que se cuestione que las principales responsables de realizarlo sean las mujeres (Giglia, 2012).

El reconocer a los cuidados como un trabajo nos permite notar todas las acciones que implica para llevarse a cabo. Ya que cuidar involucra diversos, minúsculos y sutiles actos que, aunque muchas veces se hacen de manera inconsciente, no provienen de una naturaleza biológica, sino que exigen constantes esfuerzos, conocimientos previos y tiempo (Batthyány, 2007).

El cuidado no se reconoce como un trabajo porque, aunque genera plusvalía, su principal pago es el amor. Además, al ser un trabajo feminizado, el patriarcado y el capital lo desvalorizan. Esto hace que no se consideren las condiciones laborales de las cuidadoras y no se aligere su carga de trabajo, física, mental y emocional. Es así, que lo que trae la sobrecarga de trabajo de cuidados son malestares sobre las mujeres. Aunque el patriarcado fortalezca la idea respecto a que las mujeres son seres pasivos que necesitan ser rescatadas, esto se aleja de la complejidad de la situación, ya que, aunque no siempre es de manera consciente, las mujeres resisten de distintas formas a la sobre carga de trabajo.

Los malestares pueden ser entendidos como la autopercepción de sentirse mal y que traen consecuencias para las mujeres como lo son: reducción del tiempo para el descanso y ocio, dificultad para relacionarse con pares, conflicto para realizar actividades de autocuidado, entre otras (Ramos-Cela y Flores Hernández, 2021).

Algo importante es que la mayor parte de los malestares que padecen las mujeres no tienen una causa orgánica per se, sino una estructural. Cuando los cuerpos de las mujeres están en contacto con la estructura capitalista y patriarcal que las desvaloriza y no las protege, ellas encarnan los malestares estructurales, a lo que Zapata (2019) nombra: malestar social encarnado. A través de este Zapata da cuenta de cómo los cuerpos experimentan el biopoder.

Gago explica que la colonización ha buscado conquistar los territorios y subordinarlos. Para ella el cuerpo de las mujeres también es un territorio del cual el patriarcado y el capitalismo han sacado provecho, explotando el trabajo de cuidados como un recurso gratuito. A través de un proyecto civilizatorio se subordina a las mujeres, la naturaleza y las colonias, y este se implanta en la cultura gracias a la división sexual y colonial del trabajo (Gago, 2019). Así, mediante la división sexual del trabajo, se responsabiliza a las mujeres de cuidar, provocando una sobre carga de trabajo en sus cuerpos, lo que provoca que presenten malestares. Esto lleva a las preguntas: ¿El problema es cuidar? ¿La solución a los malestares que sienten estos cuerpos es dejar de cuidar? Ante estos cuestionamientos es importante tener presente que es imposible dejar de cuidar, porque sin cuidado no hay vida. Una posible respuesta está en dejar de cuidar desde una perspectiva patriarcal y capitalista y empezar a imaginar horizontes desde una mirada feminista. En América Latina existen propuestas y experiencias de cuidados desde este horizonte. En los siguientes apartados se explorará sobre estas

experiencias, con la finalidad de que la lectora pueda concebir escenarios de cuidado feminista en su día a día.

## 2. Trabajo de cuidados en América Latina: Reflexiones en proceso desde el Sur<sup>1</sup>

En la academia latinoamericana no existe un consenso sobre la definición de trabajo de cuidados. Por un lado, algunas académicas como es el caso de las uruguayas del Grupo de Investigación de Sociología de Género (GISG) de la Universidad de la República Uruguay, entienden el cuidado como el derecho y función social que busca la promoción de la autonomía de las personas en situación de dependencia, y deciden no incluir en la definición al trabajo doméstico. Esto tiene que ver con un esfuerzo para que el Estado acceda a aceptar políticas públicas en torno al trabajo de cuidados, ya que para ellas si no se acota la definición, el Estado pondrá trabas para crear estas condiciones. Los esfuerzos de las académicas uruguayas permitieron que en Uruguay se tenga un Sistema de Cuidados. Por otra parte, en México miembros de la Red de Cuidados en México y de #YoCuidoMéxico consideran que los cuidados son todos los procesos que regeneran y sostienen la vida día a día y estos se dan en todos los contextos sociales (Garfias y Vasil'eva, 2020). Es decir, desde esta perspectiva —misma que adoptamos para este artículo— el cuidado es todo aquello que permite que la vida se sostenga y siga reproduciéndose sin importar si la persona vive o no con una diversidad funcional. Si bien en América Latina está presente el debate sobre si los trabajos domésticos son trabajos de cuidados o si todo lo que sostiene la vida es cuidado, la experiencia diaria de las mujeres nos muestra que el cuidado es complejo y se lleva a cabo en muchos contextos y de distintas maneras.

Las experiencias de mujeres latinoamericanas que compartimos en este artículo con el grupo de mujeres académicas de Xalapa y las integrantes del Círculo de Mujeres en Huatusco, en Veracruz, nos muestran que si bien en Latino América prevalece un modelo familiarista de cuidado donde las mujeres son las principales cuidadoras de sus familias —desde un modelo patriarcal de familia— y en un contexto donde la violencia de género está presente en la gran mayoría de experiencias de las mujeres, estas abren grietas en la estructura y muestran otros modelos de cuidado que reafirman que el problema no es el cuidar, ya que en contextos más cercanos al feminismo podemos encontrar experiencias de cuidado que lejos de representar una sobre carga de trabajo para ellas, representan lugares de sostén, libres de violencia patriarcal: las redes y comunidades de cuidado dan cuenta de esto.

---

<sup>1</sup> El presente apartado busca enfatizar que si bien el Trabajo de Cuidados es un tema que se ha retomado por varias autoras en distintas latitudes, el contexto histórico y cultural le dará distintos matices al tema, siendo América Latina una región que cuenta actualmente con debates vivos y en constante movimiento, los cuales cuentan con características distintas a otros lugares. En esta región Uruguay se ha convertido en un faro dentro de la política pública ya que es el primer país en contar con un Sistema Nacional de Cuidados, lo que permite que este país sea un referente macro a las particularidades de México.



## 2.1. Redes y comunidades de cuidado: Alianzas contra las violencias

En el recuento que hemos realizado es evidente que el impacto físico, mental y emocional que desencadena la puesta en marcha del trabajo de cuidados se dirige de manera importante a los cuerpos de las mujeres que lo desarrollan en solitario. Una forma de “amortiguar” este impacto y de socializar la búsqueda de estrategias para hacer frente al desgaste ante la consecución de recursos que permitan prodigar los cuidados, es la de hacer comunidad a través de redes y comunidades de cuidados.

Bedoya (2013) establece que las redes de cuidado aluden al tejido que construyen las mujeres para proveer cuidados y recursos a las y los integrantes más jóvenes de su comunidad o unidades domésticas. En la conformación de la red confluyen factores diversos:

1. Su experiencia como cuidadoras.
2. Su “vocación” para el cuidado.
3. Los recursos destinados para realizar labores de cuidados.
4. La vinculación entre cuidado y autocuidado (Bedoya, 2013, p. 744).

Esta red que se teje a través de acompañamiento y acciones de apoyo en conjunto para los cuidados, trae consigo algunas consecuencias importantes entre aquellas que hacen comunidad: hacer menos agobiante su tarea, acuerpar el quehacer individual y llevarlo a la dimensión de lo colectivo, favorecer la perspectiva del autocuidado y hacer comunidad entre mujeres con las que coinciden no tan solo en su labor, sino también con las que comparten espacio geográfico, condición social, identidad y lugar de procedencia.

De acuerdo con Casados-González y Moreno-Urbe (2021), la razón que da existencia a las redes de cuidado son las alianzas entre mujeres, las cuales trascienden el orden de la conformación misma de la sociedad en la que se establecen. Toman en su quehacer y saberes la realización de acciones de corto, mediano y largo alcance que permiten sobrevivir a las mujeres de diferentes espacios y situaciones de vida (Casados-González y Moreno-Urbe, 2021, p. 116).

En este sentido, las comunidades de cuidado constituyen una respuesta de resistencia, formación política, contención y acompañamiento a mujeres de diversas edades, procedencias y escolaridades, pero que tienen en común procurar sus vidas en distintos sentidos: en el orden económico, emocional, acompañar y apoyar en las redes de cuidados colectivos a las infancias o a las personas enfermas, por ejemplo.

Las comunidades de cuidados permiten reproducir y gestionar las condiciones materiales, simbólicas y afectivas necesarias para la consecución de la vida (Casados-González y Moreno-Urbe, 2021, p. 107). Sin embargo, aun cuando son fundamentales las redes y comunidades de cuidados, así como las actividades que despliegan para el sostenimiento de la vida, la reproducción de las energías vitales, provisión de servicios y bienes de la unidad doméstica u otras comunidades más amplias, para la sobrevivencia de personas dependientes, la transmisión de saberes, prácticas y capacidades necesarias para el sustento de las existencias precarias, los trabajos de cuidados continúan siendo subestimados e invisibilizados, en tanto que no son considerados como un trabajo “verdadero”, como quehaceres que no son productores

de riqueza o actividades económicas (Federici, 2013; Casados-González y Moreno-Uribe, 2021).

Bien sabemos que la articulación de la vida misma sería imposible sin los cuidados. Es a partir de las redes y comunidades de cuidado que el quehacer que posibilita la vida se potencia. Parafraseando a Ana Hernández (2016, p. 51), las comunidades y redes de cuidados aluden a aquellos “cuidados que circulan, vienen y van”. A partir de una investigación realizada por esta autora sobre redes de cuidado en hogares de madres migrantes, establece que este concepto alude a “... redes sociales y familiares, que a su vez se encuentran marcadamente feminizadas... tejidos de apoyo que están constituidos por mujeres que forman parte del círculo más cercano: madres, hermanas, tías, amigas, vecinas o las propias hijas mayores que están pendientes y se responsabilizan de la familia...” (Hernández, 2016, p. 52).

Las comunidades de cuidado son entes dinámicos que reorganizan continuamente sus tiempos y actividades, ello de acuerdo con las circunstancias particulares que se presentan cada tanto. Esto provoca movimientos y reacomodos internos entre sus integrantes. Los cuidados, la socialización, la atención y la provisión de bienestar se desarrollan dentro de una lógica colectiva y comunitaria (Hernández, 2016).

Autoras como Natalia Gavazzo y Lucía Nejamkis (2021), al analizar a las redes de cuidados comunitarios entre mujeres migrantes en Buenos Aires en tiempos de la contingencia sanitaria por COVID19, concluyeron que en aquel momento de pandemia las redes fueron decisivas para sostener la vida de los barrios más vulnerables, pues, si bien no conseguían modificar las desigualdades estructurales, cubrían algunos vacíos que incluso el Estado no alcanzaba a atender (Gavazzo y Nejamkis, 2021, p. 116).

Retomando estas reflexiones, entendemos a las comunidades de cuidados como un conjunto de personas con un vínculo atravesado por sus identidades, procedencias, edades, condición de clase, pertenencia sociocultural y política específicas que coinciden en la necesidad y dificultad de ejercer cuidados prodigados a su círculo amoroso y a ellas mismas. Es un punto de encuentro, ayuda, reflexión, planeación y catarsis que imprime dinámicas recurrentes a este tejido humano. Ello provoca que la conformación, logística y pactos comunitarios se transformen al paso del tiempo y de las necesidades que cada momento va marcando, o que sean de larga duración.

Dado lo anterior, su conformación y rango de acción son dinámicos también. Se transforman a partir de los temas y problemas que atrapan la atención, energía y recursos de cada comunidad, pero principalmente de las necesidades de cuidados específicas que tienen los sujetos de amor e interés o preocupación.

Las redes de cuidados constituyen constelaciones de comunidades que permiten fortalecer el quehacer de cada comunidad en temáticas específicas. La diversidad identitaria, económica y temática hace presencia, pero les unen temas vinculados a la vida y fortalecimiento de los sujetos; por ejemplo, la autosuficiencia alimentaria, estrategias de incidencia para la eliminación de violencias hacia las mujeres, estrategias educativas para las infancias o la calidad de vida para la población adulta mayor.

A todo ello, Casados-González y Moreno-Uribe (2021) agregar que las redes de cuidados procuran la vida y una manera de hacerlo consiste en procurar la seguridad física y emocional de las mujeres ante las violencias. “La ausencia del Estado en entornos violentos merma la calidad de vida de las mujeres, lo que indirectamente crea



un ambiente propicio para que las redes de cuidados se consoliden y permitan tejer cambios en este medio adverso... No son el Estado ni el mercado, sino los pequeños colectivos organizados y las unidades domésticas, quienes con su trabajo, esfuerzo y tiempo, responden a las necesidades vitales y de seguridad de las mujeres... su quehacer también está sometido al recrudecimiento de la violencia” (Casados-González y Moreno-Urbe, 2021, pp. 117-118).

A continuación, presentaremos dos experiencias que aluden a comunidades de cuidados y que tienen lugar en el estado de Veracruz. Diversas entre sí, con alcances diferenciados en los ámbitos urbano y suburbano, son claro ejemplo de la heterogeneidad y riqueza de estas comunidades. Sus propósitos, horizontes de futuro y perfiles identitarios no pueden ser más distintos. El primero de ellos es el Círculo de Mujeres y ha construido su historia desde hace cinco años. Se ubica en el municipio de Huatusco y han logrado (no sin dificultades) trabar amistad y complicidades que han obsequiado un sentido diferente a su quehacer de cuidados. Su constancia y trabajo continuo se debe al seguimiento puntual de una de sus integrantes, quien realizó un acompañamiento personal y analítico de este grupo a partir de su formación en la Maestría en Estudios de Género de la Universidad Veracruzana<sup>2</sup>.

La segunda experiencia que se expone en las siguientes páginas corresponde a una comunidad conformada por académicas que radican en la Ciudad de Xalapa, quienes de manera informal, y sin proponérselo han desarrollado una comunidad de cuidados cuyas dinámicas las reconfiguran continuamente y establecen alianzas a partir de temas comunes con redes de cuidados que a su vez hacen comunidad bajo otras temáticas manejadas con organizaciones de la sociedad civil.

¿Cuáles son los puntos de coincidencia y contraste entre estos dos espacios? Será a continuación que trataremos de realizar una aproximación para formular posibles respuestas.

Es importante destacar que la estrategia metodológica utilizada obedece a dos momentos distintos que originalmente no fueron planeados para articularse entre sí, pero que tuvieron su punto de confluencia en tres grandes temas que se tornaron en las categorías analíticas que atraviesan este texto: cuidados, comunidades de cuidados y violencias. Estos ejes han impactado la vida de mujeres de ámbitos distintos, en sus cuerpos y trayectorias vitales, pero que encuentran un espacio común en las comunidades de cuidados. De igual manera, el contexto por la pandemia por COVID 19 fue un elemento presente que permeó su quehacer en torno a los cuidados, constituyéndose como otro punto de coincidencia entre ambos casos referidos. Si bien el tema de la pandemia no es nodal, sí es de amplia influencia para la actividad individual y grupal de las comunidades de cuidados.

Los dos casos aquí estudiados retomaron a la metodología feminista, la cual, de acuerdo con Castañeda (2016), es aquella que “se distingue por proponer una elaboración compleja de problemas de investigación centrados en las mujeres, orientada siempre por el vínculo entre posturas teóricas y epistemológicas feministas”

---

<sup>2</sup> Mónica Nereida Huerta Torres formó parte de la tercera generación (2021-2023) de dicho posgrado adscrito al Centro de Estudios de Género de la Universidad Veracruzana, el cual hace parte del Sistema Nacional de Posgrados del Conacyt.

(Castañeda, 2016, p. 97). De acuerdo con esta antropóloga feminista, en la puesta en marcha de esta estrategia metodológica, se hace presente la condición de género de quien investiga lo que la lleva a situarse en el mismo plano crítico que las mujeres con las que realiza la investigación (Castañeda, 2016, p. 99).

Quienes escribimos estas páginas nos situamos en el ámbito de la pertenencia a las comunidades de cuidados que son motivo del presente análisis y reflexión. Compartimos y somos parte de las condiciones, deseos y preocupaciones que impulsan a las cuidadoras; nos ubicamos también en el espacio geográfico en donde se desarrollan sus propuestas, acciones y estrategias. De tal forma que desde ese plano nos situamos, investigamos y participamos en comunidad.

Aunado a lo anterior, nuestra mirada y el análisis aquí vertido fueron guiados por las categorías analíticas mencionadas y la amplia discusión en torno a los trabajos de cuidados que ya hemos expuesto anteriormente.

Justamente es a partir de este principio que se utilizó la Investigación Acción Participativa Feminista- IAPF-, la cual es un método cualitativo de investigación el cual significa un cambio al paradigma a la investigación tradicional en el que el papel de la o el investigador se limita a conocer a su sujeto de estudio y hacer conclusiones retomando la teoría. En cambio, la IAPF, siguiendo los postulados feministas, busca que las personas involucradas en la investigación lleguen a una toma de consciencia sobre cómo se perciben a sí mismas tomando en cuenta la relación histórica de las estructuras sociales, para así motivarlas a cambiar las problemáticas que las aquejan (Delgado, 2010).

Derivado de lo anterior, se utilizaron diferentes técnicas para documentar las experiencias de las agrupaciones que son motivo de este texto: entrevistas, grupos focales y participación observante. El objetivo y formulación de cada uno de estos instrumentos tuvo como ejes centrales a las categorías anteriormente mencionadas: cuidados, comunidades de cuidados y violencias. Éstas como ejes analíticos coincidentes que permitieron la reflexión articulada para ambos casos.

### **3. Comunidades de cuidados en dos contextos**

#### **3.1. Círculo de Mujeres**

La experiencia colaborativa con el Círculo de Mujeres comenzó en el 2019, dónde las edades de las participantes oscilaban entre los 25 y más de 60 años, este tiene lugar en el municipio de Huatusco en el estado de Veracruz. Huatusco es un municipio que cuenta con 65 comunidades rurales y una urbana, la cabecera municipal, donde se reúne este grupo de mujeres. La cabecera municipal cuenta con 33,402 habitantes (SIEGVER, 2023a), los cuales se alejan de las 488,531 personas que habitan Xalapa, la capital del estado (SIEGVER, 2023b).

Este grupo tenía reuniones semanales que formaban parte de los esfuerzos de una Asociación Civil (A.C.) por instaurar procesos que abonaran a la reconstrucción del tejido social. Las sesiones semanales eran guiadas por la propuesta de la Guía para acompañar a grupos de mujeres de Catholic Relief Services –CRS– (CRS, 2019). La

coordinadora del grupo y miembro de la A.C., quien es una de las autoras de este artículo buscaba que la relación con las participantes del grupo fuera lo más horizontal posible, sin embargo, su papel como psicóloga y empleada de la A.C. dificultaba esto. Esta dinámica se llevó a cabo durante más o menos 13 semanas; sin embargo, la llegada del confinamiento por COVID-19 cambió la dinámica del grupo: la coordinadora dejó de trabajar en la A.C. y el contacto con el grupo cambió de ser presencial a realizarse a través de mensajes de *WhatsApp*, por medio de los cuales las mujeres compartían los malestares que les traía el cuidar durante una pandemia.

Después del confinamiento, quien había fungido como coordinadora del grupo, se encontró con la inquietud de continuar con las reuniones y, no obstante, que el trabajo con este ya no formaba parte de las responsabilidades de su trabajo remunerado, descubrió que el Círculo de Mujeres también era un apoyo para ella. Por lo que, después del confinamiento las reuniones presenciales regresaron, pero de manera diferente, estas se volvieron mensuales y en cada una de las reuniones se compartía sobre algún tema que fuera del interés de las compañeras, teniendo presente que todas las temáticas siempre han girado en torno a las experiencias que trae la identidad mujer. La coordinadora poco a poco se fue volviendo una integrante más del grupo y las compañeras tuvieron más poder decidiendo los temas y los días de las reuniones.

Cuando Huerta comenzó a estudiar la maestría en Estudios de Género en la Universidad Veracruzana en el 2021, les pidió a las compañeras poder hacer la tesis de investigación junto a ellas, conociendo cuáles habían sido los malestares que habían experimentado durante la pandemia por COVID-19 debido a la sobrecarga de su trabajo de cuidados y saber cómo habían resistido a estos. Ocho de las compañeras del Círculo de Mujeres decidieron participar en la investigación y a continuación se muestran sus perfiles:

**Tabla 1**  
*Característica de las participantes del Círculo de Mujeres*

#	Edad	Ocupación	Cohabitanes	Estado civil	Escolaridad
1	35	Ama de casa	Pareja e hijas de 11 y 18 años	Unión libre	Secundaria
2	54	Psicoterapeuta y comerciante	Hija e hijo	Divorciada	Dos licenciaturas
3	27	Ama de casa	Esposo, hija de 4 años e hijo de 2 años	Casada	Licenciatura trunca
4	34	Profesora de primaria	Papá, mamá e hijo de 18 años	Soltera	Licenciatura
5	58	Ama de casa	Esposo e hija de 18 años	Casada	Carrera técnica
6	32	Ama de casa	Esposo e hija de 10 años	Casada	Secundaria
7	51	Profesora de primaria	Hijo de 20 años e hija de 22 años	Soltera	Licenciatura
8	58	Ama de casa y comerciante	Hija de 24 años e hijos de 20 y 21 años	Divorciada	Segundo de primaria
9	30	Psicoterapeuta	Pareja e hijo de 1 año	Unión libre	Maestría

Fuente: Elaboración propia.

Las diferencias en las trayectorias de estas mujeres no son solamente por ser de distintas edades, sino que sus condiciones económicas, escolares, estado civil y con quien viven han marcado su experiencia. Durante la Investigación Acción Participativa Feminista –IAPF– se utilizó una metodología feminista, la cual permitió cuestionar la dicotomía entre lo privado y lo público y alejarse de una mirada endocéntrica de la experiencia de estas mujeres (Castañeda, 2019). A través de las entrevistas semi estructuradas, los grupos focales y la participación observante, se exploró sobre la historia de sus trabajos de cuidados encontrando grandes diferencias:

**1. Económicas.** Las integrantes del Círculo de Mujeres son de distintas clases sociales, mientras que algunas viven en casa propia que adquirieron gracias a herencias familiares o trabajo propio, otras rentan vivienda. Algunas viven en colonias que gozan de buen estatus social en Huatusco, mientras que otras habitan en la colonia más estigmatizada de la ciudad. La investigación que se realizó junto con ellas dio cuenta de estas diferencias, como es el caso de la compañera marcada en la **Tabla 1** con el número 2, quien compartió que cuando era niña murió su mamá, por lo que en su casa siempre hubo una trabajadora doméstica que se encargaba de cuidarla, ella siendo niña y después adolescente nunca tuvo que hacer trabajo de limpieza ni cocinar. Por otro lado, las historias de otras de las mujeres del grupo están lejos de esa realidad, como es el caso de la compañera señalada en la **Tabla 1**, cuya vida ha estado marcada por la pobreza y la enfermedad mental. Su mamá vivía con una enfermedad mental, por lo que cuando no estaba en un hospital psiquiátrico, estaba en su casa sin poder cuidar completamente de sus hijos e hijas. Mientras que su papá al vivir con una adicción al alcohol no podía mantener económicamente a su familia, por lo que para esta compañera el trabajo remunerado siempre fue parte de su vida, ya que desde niña tuvo que salir a las calles a vender chicles y así poder participar del sustento económico familiar. Su experiencia como trabajadora ambulante terminó cuando llegó a la adolescencia, ya que ser víctima de abuso sexual se volvió un peligro presente. El trabajo en la calle cambió por el trabajo en casas, donde limpiaba y cocinaba y donde era víctima de distintas discriminaciones debido a su clase.

**2. Debido a su estado civil.** Las compañeras que son solteras tienen mayor facilidad para asistir a las reuniones del grupo, además de que tienen la libertad de recibir las reuniones mensuales en sus casas. Mientras que las que viven con sus parejas y con hijos e hijas menores tienen mayores dificultades para asistir a las reuniones, ya que son las principales cuidadoras de ellas y en sus casas carecen de un espacio propio donde se sientan cómodas para platicar. Además, las compañeras que se identifican como amas de casa tienen menos acceso al dinero propio, ya sea porque son víctimas de violencia económica o que sienten culpa por gastar dinero en algo que es solo para ellas, como lo compartió la mujer marcada en la **Tabla 1** con el número 3:

Quizás suene superficial [que quiero ganar mi propio dinero], pero yo pienso que, si me falta ropa, una crema, algo. Suena superficial porque no es algo como comida... si se puede sí ayudo en algo que haga falta, por ejemplo, un medicamento o algo así que no nos alcanza. [Cuando compro algo que no es indispensable me siento] mal, de que no quiero que nadie vea esto, como si fuera algo mal...es culpa, finalmente. Si me compro cosas no me gustaría que las viera alguien.

Además, esta misma compañera compartió durante las entrevistas como a ella le gustaría ir al gimnasio, pero no lo hace porque a su esposo le dan celos.

La investigación que se realizó con el Círculo de Mujeres permitió que las participantes reflexionaran sobre su trabajo de cuidados, mostrando que el cuidado de sus familias es principalmente su responsabilidad, lo que limita su tiempo de esparcimiento y ha sido un obstáculo para que algunas asistan a las reuniones. Si bien todas se encargan de cocinar y limpiar para sus hijos e hijas sin importar la edad, los obstáculos para asistir al grupo son mayores para quienes viven en pareja, algo que explica una compañera: “Tener marido es otro trabajo”. Sobre esto otra compañera compartió que una vez fue a casa de sus vecinas para invitarlas a una actividad en la capilla de su colonia. En una de las casas se encontraba el marido de su vecina y decidió pedirle permiso al señor para dejar ir a su esposa a las reuniones, a lo que él contestó: “Si, yo la dejo ir, pero el problema es que a esa hora yo llego de trabajar y necesito cenar”. A lo que la compañera le propuso: “Algo que pueden intentar y que a mí me ha funcionado es dejar la cena lista y mi marido solo llega y se sirve”, el señor contestó: “Pues sí, puedo servirte, pero ¿y las tortillas? No hay como las tortillas calentadas por una mujer.”

**3. Escolaridad.** La escolaridad es una de las grandes diferencias entre las compañeras del grupo, que, si bien influye en las diferencias económicas entre ellas, esto no es un impedimento para que las compañeras se identifiquen en experiencias que pasan y que tienen que ver con su identidad como mujeres.

A pesar de que las compañeras han aprendido que las mujeres no pueden ser amigas, aprendizaje que se sostiene culturalmente en refranes populares como “Mujeres juntas, ni difuntas”, el Círculo de Mujeres ha roto con estos paradigmas para sus participantes. Además de que esta comunidad de mujeres ha sido marcada primero por ser un esfuerzo por reconstruir el tejido social, y después por ser un espacio de reflexión sobre sus condiciones gracias a la investigación que realizaron juntas. Estos eventos le han dado un carácter político a su quehacer como grupo, aunque este no sea consciente por parte de las mujeres. Dentro de su quehacer político se encuentra la intención de las compañeras por poder acompañar a otras mujeres, como lo comparte una de ellas:

A mí sí me gustaría abrir un círculo de mujeres. No sé si el temor lo voy a sentir siempre, pero si me cuesta, me da miedo. Me gustaría que estuviera el círculo en el que estamos, pero que abriéramos otro. Yo me he dado cuenta de que, si ha ayudado mucho, claro también he andado en otras cosas. Pero creo que el círculo si ayuda muchísimo, creo que ahora tengo más seguridad y confianza. Confianza en mí y en las demás para contar lo que digo, siento que somos una familia. Entonces sí, ¿qué me gustaría que saliera de esto? Tener otro círculo de mujeres para apoyar a otras. Lo que a mí me gustaría es formar un grupo para poder compartir lo que yo he aprendido. Viendo la necesidad de muchas mujeres que están así como yo estaba. En un inicio si se hace con dos mujeres o tres es para iniciar. Y ya cuando a lo mejor ya me sienta ya más lista o preparada a lo mejor para yo sola coordinar un grupo. A lo mejor cada una tener su grupo, de acuerdo como nos vayamos sintiendo.

### 3.2. Comunidades emocionales y de cuidados entre académicas universitarias: ¿una red para afectar y ser afectadas?

De acuerdo con Verónica Moreno Uribe (2021), la contingencia sanitaria que vivimos recientemente gracias a los estragos provocados por COVID 19, afectó también el quehacer de las académicas que laboran tanto en las universidades públicas como privadas, dado que incrementó su carga de trabajo de cuidados, lo que se sumó a las horas de trabajo académico hecho en casa.

En su reporte *Conciliación entre la jornada laboral y el trabajo de cuidados por parte del personal académico de la Universidad Veracruzana*, Moreno afirma que:

En pandemia se ha incrementado las horas de teletrabajo, el cuidado de dependientes y el trabajo doméstico asociado a la desinfección, el trabajo de apoyo a hijes en la escuela, las tensiones y conflictos emocionales derivados del encierro y la violencia doméstica. Esto ha afectado de manera generalizada, pero diferenciada, a la comunidad académica: el trabajo de cuidados ha recaído preponderantemente sobre las académicas y por cuanto ellas, al estar sujetas a las mismas presiones académicas que sus colegas varones, disponen de menos tiempo para atenderlas y con menos posibilidades de negociación dentro de sus comunidades académicas (Moreno, 2021, p. 25).

La pandemia demostró la vulnerabilidad y saturación de las académicas para poder “cumplir debidamente” con dos actividades que han competido históricamente en la vida de muchas mujeres en el marco de un sistema capitalista, machista y depredador: desarrollarse en su papel como madres y cumplir con las expectativas del mundo laboral.

A continuación se reflexiona sobre las comunidades de cuidados conformadas por académicas e investigadoras quienes han articulado estrategias conjuntas que les permiten afrontar las labores de cuidados. Como se observa (**Tabla 2**), son distintas sus condiciones e historias en comparación con el *Círculo de Mujeres de Huatusco*, sin embargo afrontan mandatos y emergencias estructurales, los cuales, para ambos casos, la pandemia solo evidenció crudamente.

**Tabla 2**  
*Características de las participantes de la Comunidad de Cuidados*

#	Edad	Ocupación	Cohabitanes	Estado civil	Escolaridad
1	49	Docente universitaria	Pareja e hijas (adultas jóvenes)	Soltera	Doctorado
2	50	Docente universitaria	Mascota	Soltera	Doctorado
3	55	Docente universitaria	Una hija (adolescente) y un hijo (adulto joven)	Soltera	Doctorado
4	42	Investigadora y docente	Esposo, hija (bebé) y una mascota	Casada	Doctorado
5	51	Docente universitaria	Esposo y dos mascotas	Casada	Doctorado
6	44	Docente y funcionaria universitaria	Hijo (niño) y una mascota	Soltera	Maestría

Fuente: Elaboración propia.

Las integrantes cuentan con perfiles laborales y de escolaridad afines con estudios de posgrado en antropología, estudios de género y feministas, desarrollo rural y



educación. Su rango de edad va de los 42 a los 55 años y más del 60% son solteras. Cuentan con condiciones de trabajo estables y solo una de ellas se desarrolla como docente de tiempo parcial. Dos más no tienen hijos o hijas; una más tiene una bebé y otra un niño que cursa la educación primaria. El vínculo entre algunas de ellas data de la infancia de sus hijas e hijos, otras fueron afines en temáticas de trabajo o en proyectos de comunicación feminista. En conjunto poseen una trayectoria de acompañamiento mutuo que tiene ocho años como comunidad. Pertenecen a la Red de Mujeres Feministas de Veracruz (REMUFEVER)<sup>3</sup>, desde la cual impulsan conjuntamente temas de su interés, movilización política y posicionamiento público.

El surgimiento de este espacio de cuidados se debió en gran parte a las relaciones de amistad y complicidad que se fueron tejiendo entre sus integrantes, los perfiles afines y su plena identificación como feministas.

Los principales temas que las convocan bajo el paraguas de los cuidados están relacionados principalmente con su labor individual y grupal en este importante tema. A continuación, se exponen algunos de ellos y se describe las redes que permiten tejer al interior y exterior de su propia comunidad.

Comunidad emocional. Las emociones poseen una función social, la cual permite comprender la actuación de los colectivos y, en este caso concreto, de las comunidades de cuidados que se desarrollan en espacios cercados por el conflicto. Las comunidades emocionales “saben provocar cambios en las constelaciones afectivas que se conforman entre artefactos y espacios. De este modo se hace posible la emergencia de nuevos habitus afectivos en relación con el contexto” (Peláez, 2020, p. 40).

La comunidad de cuidados de académicas que son motivo de esta aproximación reflexiva, constituye un espacio que procura ejercicios de escucha, sostén y contención. Ello posibilita el desarrollo de discursos propios que cobran sentido, contexto e historia en la trayectoria profesional individual y grupal. Una situación cíclica que se presenta en el quehacer académico de los centros de investigación y facultades universitarias es el ejercicio de la violencia simbólica por parte del claustro de colegas cuando se detecta que una mujer del equipo se maneja en términos que retan a las prácticas machistas que se normalizan en la vida académica.

Es decir, se descalifica la labor científica, el intelecto e incluso la madurez emocional de la docente e investigadora. La intensidad del descrédito e incluso de la violencia verbal sube de tono cuando alguna académica se pronuncia como feminista.

Ha sido común que las compañeras agredidas soliciten a las mujeres de la comunidad de cuidados un consejo o una opinión sobre la agresión de la que son objeto. Las emociones que imperan son la indignación, incredulidad, enojo y tristeza. Pese a ello, como una acción emergente de cuidados, el grupo logra tejer una red que sostiene para que no decaiga el ánimo ni la pasión por el trabajo académico.

Todas hemos sido blanco de la violencia simbólica que recibimos en las distintas instancias de poder formal, como lo son las Juntas Académicas y Consejos Técnicos. Ha

---

<sup>3</sup> La REMUFEVER surge en 2015 y concentra a organizaciones feministas del estado de Veracruz con amplia trayectoria a favor de los derechos humanos de las mujeres. Han impulsado las solicitudes y declaratorias de Alerta de Violencia de Género contra las Mujeres. Las temáticas que abordan se concentran en la exigencia de la debida implementación de la despenalización del aborto en Veracruz, la salud sexual y reproductiva, así como las violencias hacia las mujeres.

sido a través de gritos e incluso de insultos revestidos de “frases diplomáticas”, que el acto violento se enfunda en un disfraz de normalización que le calza a la medida. Es aquí cuando se teje cuidado, contención y estrategia. A corto plazo, la comunidad se fortalece al brindar seguridad y certeza.

La agresión no se revierte ni el descrédito desaparece, pero logramos actuar, pensar y proseguir bajo la certeza de una red que nos da sostén y nos mantiene seguras y erguidas mientras caminamos por la cuerda floja. En este sentido la comunidad de cuidados es una comunidad emocional que sitúa a los sujetos que la integran en la certeza de su valor cualitativo y humano. Sentimientos como el amor y la admiración que prodigan las demás personas que integran la comunidad no solo reconfortan, sino que otorgan certeza e idoneidad al quehacer profesional y personal señalado o censurado por el contexto machista.

Otro matiz emocional que cultivan las comunidades de cuidados y, en particular la que nos ocupa, tienen que ver con la celebración, la alegría y el reconocimiento. Cuando cada compañera tiene un logro o se sitúa en un plano especial para su vida profesional o personal procuramos celebrarla y resaltar su cualidad única como mujer y profesional. El reconocimiento entre mujeres y en espacios tan competitivos como lo es la academia, segrega amor, amistad y alianza. Puede ser visto como el reconocimiento entre pares, pero en realidad va más allá de ello porque se trata de reconocer para cuidar el ámbito emocional, mental y corporal de cada mujer y del grupo.

Tal como lo señala Carolina Peláez “... las emociones son parte integral de las actividades prácticas. No son posesiones individuales ni expresiones públicas de estados internos: son reacciones corporales que afectan el entorno y son afectadas por los esquemas interpretativos al mismo tiempo; son prácticas sociales que resultan respondiendo/formando patrones afectivos reconocibles en su interior y que podrían ser descritos como una cultura afectiva o emocional” (Peláez, 2020, p. 74)

Acompañamiento. Dar seguimiento a las trayectorias personales, grupales y en red constituye una de las acciones nodales de esta comunidad. El seguimiento se traduce en acompañamiento con calidez e implicación en el desarrollo de los procesos que se desencadenan ante experiencias de vida diversas. Las comunidades de cuidados emprenden acciones de acompañamientos sistemáticas, pero también emergentes que podemos definir de la siguiente manera:

- a) El acompañamiento sistemático ocurre ante eventos de vida en los que las integrantes requieren certeza y contención o consejo. Por lo regular, se vincula al cuidado de alguien más (familiares, amistades, estudiantes); algunas veces tienen que ver con ellas (nosotras) mismas: trámites, preocupaciones, enfermedades, mudanzas, celebraciones, descubrimientos, intervenciones quirúrgicas y partos.
- b) Los acompañamientos emergentes se producen ante eventos repentinos que desestabilizan el horizonte de futuro de las integrantes de la comunidad de cuidados. Nuevamente requieren de un andamiaje de sostén emocional que permita redireccionar las emociones de quienes están atravesando por eventos inesperados, los cuales frecuentemente se manifiestan a través del dolor, ira, rabia, depresión, tristeza y gran sentido de soledad.

El acompañamiento simultáneamente revitaliza y es uno de los mayores retos de la comunidad emocional. Reta la capacidad de sus integrantes ante la resolución de conflictos y de emociones que contaminan la solidez de cada integrante y de la comunidad misma. Sin embargo, también la fortalecen por el sentimiento de compañía y lugar seguro que ofrecen. Justo es la creación de ese ambiente emocional el más difícil de construir, pero también el que más certeza da en el caminar grupal.

A decir de Reckwitz, la cultura “emocional” o “afectiva” consiste en “un tejido hecho de redes que involucra artefactos, subjetivaciones, formas de percepción y sensación, actividades rutinarias, conocimientos y esquemas implícitos, cambios físicos y, por supuesto, también prácticas discursivas sobre las emociones que conforman un patrón reconocible” (Reckwitz, 2012 en Peláez, 2020, p. 71).

**Horizonte de futuro.** El tejido de las emociones y el acompañamiento (a veces) amoroso y (a veces) severo, permite a las comunidades de cuidado y de emociones construir un horizonte de futuro en común. “... las emociones son movimiento y fijación: circulan y se pegan o se alejan de los objetos según la carga afectiva acumulada alrededor de ellos... [constituyen] una red de composición afectiva continua de posibilidades que aumentan o disminuyen su potencia, y que en cada encuentro reciben y transmiten mensajes en movimiento captados, acumulados, interpretados y liberados para su continua circulación entre ellos. Es la red de afectar y ser afectado” (Peláez, 2015, p. 41).

La comunidad de cuidados entre académicas ha tenido la posibilidad de compartir la construcción de un horizonte de futuro común mediado por el bagaje emocional y vivencial compartido, pero también por su posicionamiento político feminista que permite ejecutar acciones de mediano y largo plazo. Construye una carga afectiva y emocional que les permite planear estratégicamente sus acciones juntas y la resolución de conflictos en comunidad.

## 4. Conclusiones

Algunas de las preguntas que planteamos al inicio de este texto inquirían por el proceso que atraviesan las cuidadoras cuando carecen de los insumos económicos, materiales y emocionales que pudieran facilitar las labores de cuidado, además del papel de las comunidades de cuidado ante la precariedad y las violencias cotidianas. De igual manera, nos preguntábamos sobre las posibilidades y alternativas de vida que pudiesen construir las comunidades de cuidados integradas por mujeres.

Si bien hemos reflexionado al respecto a lo largo de este artículo, es en esta sección final que resaltamos algunas ideas a manera de conclusión, retomando las tres categorías centrales de análisis: cuidados, comunidades de cuidados y violencias.

- Las experiencias de estas dos comunidades de cuidados muestran que el encuentro entre mujeres crea un espacio físico y simbólico que ha sido negado históricamente a las mujeres. Donde el patriarcado ha enseñado que ellas son seres para otros, negándoles un cuarto propio.

- El encuentro entre mujeres es tan poderoso que el patriarcado ha enseñado que las mujeres no podemos hacer comunidad. Sin embargo, dentro de un sistema que las oprime, ellas encuentran una grieta, experimentando el amor de una manera distinta a como se ha impuesto. Lejos de un amor romántico en el que las mujeres se entreguen a una media naranja o se conviertan en las madres y cuidadoras abnegadas que entregan todo por sus seres queridos. Las comunidades feministas de cuidado son espacios de lucha política donde las mujeres puedan mostrar sus miedos, sus heridas y sus complejidades, reafirmando que la identidad de las mujeres no es homogénea ni luce inamovible, sino que las mujeres son diversas y esa diversidad lejos de ser un obstáculo es una riqueza que permite a las mujeres encontrar alternativas a los contextos de violencia, como lo compartieron algunas compañeras del Círculo de Mujeres:

Lo que me motiva es que me gusta mucho el compartir experiencias y escuchar. Me gusta escuchar a todas, a una mujer más grande, a otra más chica. Yo siento que me gusta porque las veo y me dan ánimo, como que si se puede. Me motiva ver a las que son grandes y les interesa cuidarse a ellas mismas. Porque creo que es común que las mujeres entre más grandes, menos se cuidan a sí mismas. Yo siento que cada vez que nos vemos a mí me da tranquilidad, me da ánimo, me es agradable

Siento que he sufrido mucho en mi vida y al escuchar las experiencias de otras personas me da tranquilidad. Si hay otras que han podido, yo también puedo. Siento tranquilidad. Me gusta escuchar las experiencias y las propuestas de las mujeres

- Las comunidades de cuidados simultáneamente se traducen en comunidades emocionales, en tanto gestionan ánimos, proveen certeza al ser y el hacer entre mujeres. El acuerpamiento entre las integrantes de una comunidad afecta a todas porque las trastoca y muestra una manera de ser distinta que les confiere rudimentos necesarios para la subsistencia y la posible conciliación entre sus emociones, como el malestar, por ejemplo, el cual traducen en movimiento y en un hacer distintos.
- Tal como lo muestran las experiencias y trayectorias de las dos comunidades presentadas, las comunidades de cuidados están atravesadas por las identidades de quienes las integran, su posición socioeconómica, condición laboral, educación formal y la disposición de recursos materiales para resolver los cuidados a corto y mediano plazo. Todo ello es decisivo para entender el campo de acción y alcances de cada comunidad. Sin embargo, consideramos que hay cuestiones de orden estructural, como la violencia, que trascienden cualquier contexto y que obligan a cada comunidad a formular respuestas para afrontarlas. Suelen ser la única estrategia inmediata que les permite resolver y sobrevivir.
- La manera en que estén posicionadas las comunidades afectivas y de cuidados en el seno de una red les permitirá tener mayor o menor efectividad en su quehacer. En este sentido, el trabajo en redes es fundamental.
- Tal como lo señalan Casados-González y Moreno-Urbe (2021), la construcción de comunidades feministas de cuidados “para el sostén, la contención, el acompañamiento en el proceso de ‘conducir la rabia’, la organización para hacer frente a las múltiples violencias patriarcales, e incentivar la formación de redes

de apoyo económico” (Casados-González y Moreno-Urbe, 2021, p. 116) otorgan mayor potencia a dichas comunidades. Potencian también su reflexión e impacto.

- Finalmente, en tanto autoras de este artículo e integrantes de las comunidades emocionales y de cuidados que son motivo de reflexión de estas páginas, observamos que la gestión de recursos para el cuidado y autocuidado desborda las formulaciones de orden teórico conceptual, migra hacia la emoción: al amor y al malestar del trabajo de cuidados. Queda pendiente analizar cómo gestiona cada comunidad estas emociones contradictorias y tan presentes.

## Referencias

- Batthyány, K.** (2007). Género, cuidados familiares y uso del tiempo. Uso del tiempo y trabajo no remunerado de las mujeres en Uruguay. INAMU, INE, UDELAR. <https://tinyurl.com/3me54u4e>
- Bedoya-Hernández, M. H.** (2013). Redes de cuidado: ética del destino compartido en las madres comunitarias antioqueñas. *Revista latinoamericana de ciencias sociales, niñez y juventud*, 11(2), 741-753. <https://tinyurl.com/mrxacs6v>
- Campillo, F.** (2000). El trabajo doméstico no remunerado en la economía. *Nómadas*, (12), 98-115. <https://www.redalyc.org/pdf/1051/105115263011.pdf>
- Carrasco, C.** (2006). La paradoja de cuidado: Necesario pero invisible. *Revista de economía crítica*, (5), 39-64. <https://tinyurl.com/3zthrvwm>
- Casados-González, E. y Moreno-Urbe, V.** (2021). Redes de cuidados en medio de la violencia y precarización contra mujeres en Veracruz. *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, (145), 103-119. <https://doi.org/10.24275/uamxoc-dcsh/argumentos/202297-05>
- Castañeda-Salgado, M. P.** (2019). Perspectivas y aportes de la investigación feminista en la emancipación. En M. P. Castañeda Salgado, et. al. *Otras formas de (des) aprender. Investigación feminista en tiempos de violencia, resistencia y decolonialidad*, (17-40). Universidad del País Vasco.
- Castañeda-Salgado, M. P.** (2016). Epistemología y metodología feminista: debates teóricos. En M. E. Jarquín Sánchez (Coord.), *El campo teórico feminista. Aportes epistemológicos y metodológicos* (79-111). UNAM.
- Catholic Relief Services (CRS).** (2019). *¡MUJER NO ESTÁS SOLA! Metodología para facilitar grupos de apoyo de mujeres*. GAM. <https://tinyurl.com/33dfmahr>
- Delgado, G.** (2010). Conocerte en la Acción y el Intercambio. La investigación: Acción Participativa. En N. B. Graf (Ed.), *Investigación Feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (págs. 197-216). UNAM.
- Federici, S.** (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños.



- Fernández, A. E., y Argüero, J. V.** (2018). Desfamiliarización del cuidado: Un puente desde el malestar individual hacia el bienestar social. *Millcayac. Revista Digital de Ciencias Sociales*, 5(9), 189-206. <https://tinyurl.com/4vtyjr8m>
- Gago, V.** (2019). Cuerpo- territorio: el cuerpo como campo de batalla. En V. Gago, *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo* (95- 124). Traficantes de sueños.
- Garfias, M., y Vasil'eva, J.** (2020). *24/7 De la reflexión a la acción, por un México que cuida*. Fundación Friedrich Ebert.
- Gavazzo, N. y Nejamkis, L.** (2021). "Si compartimos alcanza y sobra". Redes de cuidados comunitarios entre mujeres migrantes del Gran Buenos Aires frente al COVID19. *REMHU: Revista interdisciplinaria da Mobilidade*, 29(61). <https://doi.org/10.1590/1980-85852503880006107>
- Giglia, A.** (2012). *El habitar y la cultura: Perspectivas teóricas y de investigación*. Anthropos.
- Hernández-Cordero, A. L.** (2016). Cuidar se escribe en femenino: redes de cuidado familiar en hogares de madres migrantes. *Psicoperspectivas*. 15(3), 46-55. <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol15-Issue3-fulltext-784>
- Huerta-Torres, M. N.** (2024). *Malestares y resistencias de las mujeres ante el trabajo de cuidados: estudio de caso en tiempos de COVID-19* [Tesis. Maestría en Estudios de Género]. Universidad Veracruzana.
- INEGI.** (2019). *Mujeres y Hombres en México 2019*. INEGI. <https://tinyurl.com/2m964dwe>
- INEGI** (2020). *Resultados de la encuesta nacional sobre el uso del tiempo (ENUT) 2019*. INEGI. <https://www.inegi.org.mx/programas/enut/2019/>
- INEGI.** (2023- A). *Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo 2024*. INEGI. <https://tinyurl.com/yc784tux>
- INEGI** (2023- B) *Cuenta Satélite del Trabajo no Remunerado de los Hogares en México (CSTNRHM) 2022*. INEGI. <https://tinyurl.com/yc6zra6j>
- INEGI** (2024). *Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT) 2019*. INEGI. <https://tinyurl.com/3f83ttt7>
- Moreno-Uribe, V.** (2021). *Resultados de la encuesta: conciliación entre la jornada laboral y el trabajo de cuidados por parte del personal académico de la Universidad Veracruzana (agosto-octubre de 2021)*. UV <https://tinyurl.com/umaf5b89>
- Peláez-Rodríguez, D. C.** (2020). *Comunidades emocionales: afectividades y acción colectiva en organizaciones sociales comunitarias de base en Bogotá*. Corporación Universitaria Minuto de Dios-UNIMINUTO. <https://tinyurl.com/36k3u6eh>
- Ramos-Cela, M. G., y Flores-Hernández, A.** (2021). Malestares en cuidadoras de personas adultas mayores dependientes en un contexto rural en Tlaxcala, México. *Revista CS*, (35), 67-97. <https://tinyurl.com/5n896r9n>
- Rodríguez, C.** (2015). Economía feminista y economía del cuidado: Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Revista Nueva Sociedad*. (256), 30-44. <https://tinyurl.com/yc8rn7zf>
- Rubin, G.** (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. *Nueva Antropología*, VIII(30), 95-145. <https://tinyurl.com/3ewy4y5z>



- Sistema** de Información Estadística y Geográfica de Veracruz [SIEGVER]. (2023a). *Cuadernillos Municipales. Huatusco*. Veracruz Gobierno del Estado. <https://tinyurl.com/4t76sjmd>
- SIEGVER** (2023b). *Cuadernillos Municipales. Xalapa*. Veracruz Gobierno del Estado. <https://tinyurl.com/bdfvc6bu>